

Juana M. Ramos

UMBRALES



CÖLMENA

Juana M. Ramos

UMBRALES



CÓLMENA



JUANA M. RAMOS (Santa Ana, El Salvador, 1970). Profesora de español y literatura en York College, Universidad Pública de la Ciudad de Nueva York. Ha participado en conferencias, coloquios y festivales de poesía tanto en Latinoamérica como en España. Ha publicado los poemarios *Multiplicada en mí*, *Palabras al borde de mis labios*, *En la batalla*,

Ruta 51C, Sobre luciérnagas, Sin ambages/To the Point, Clementina (versión en español) y el libro de relatos *Aquí no hay gatos*. Es autora del libro *Nomadismo y alteridad. Las otras historias de la guerra* y coautora del libro de testimonios *Tomamos la palabra: mujeres en la guerra civil de El Salvador (1980-1992)*. Además, sus poemas y relatos han aparecido publicados en antologías, revistas literarias impresas y digitales en Latinoamérica, EE.UU. y España, y han sido traducidos al inglés, portugués, francés e italiano. En 2021, recibió el premio *Feliks Gross Award* otorgado por la Universidad Pública de la Ciudad de Nueva York por su labor como docente e investigadora, y fue reconocida por la Fundación Chifurnia como Poeta del Año 2023 en El Salvador. En 2020, dio inicio a una intensa labor cultural a través de *EntreTmas*, un espacio digital donde entrevista y promociona a escritoras latinoamericanas y españolas que residen en Estados Unidos, Latinoamérica y España. Es curadora, junto a Margarita Drago, de *Palabra-Imagen-Escena*, un espacio artístico creado para la difusión de las creaciones de poetas, narradores, dramaturgos y artistas visuales que producen su obra en español en NY.

Redes sociales: Juana M. Ramos – Facebook

@jmramosv - Instagram

COLECCIÓN CÖLMENA

UMBRALES

© Juana M. Ramos

© CÖLMENART

Diseño y Diagramación: William Velásquez

Imagen de Portada: Jose Luis Rojas

(máscara tradicional Boruca)©

Instagram: _espíritu_brunca / **correo:** rojasjoseluis85@gmail.com

Diseño web Cölmenart: Alexánder Calderón

Editor: Randall Roque©

www.randallroque.com

email: colmenart77@gmail.com

Primera edición: Octubre, 2023

Distribución exclusiva de Cölmenart

Copyright © 2023 Cölmenart

Impreso en Costa Rica

2023

Esta obra puede descargarse y compartirse, siempre y cuando no se utilice con fines comerciales. Queda rigurosamente prohibido el uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas, así como la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotográfico, fotocopia, grabación o cualquier otro tipo escrito, visual, auditivo, cualquier clase de copia, registro o transmisión por internet, entre otros. Todos estos derechos quedan reservados únicamente para Cölmenart y su Autor al amparo de las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico costarricense e internacional. Esta publicación se encuentra registrada bajo la normativa jurídica de Derechos de Autor y derechos conexos.

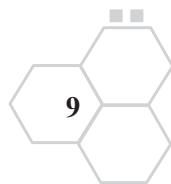
UMBRALES

(2009 - 2023)



DIGO TU NOMBRE

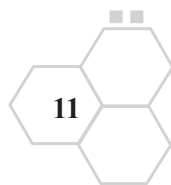
La avenida llama con estruendo
a mi ventana,
vocifera el somnoliento escándalo
de adolescentes en jauría
rumbo a sus escuelas.
Ruge el claxon que pretende,
encolerizado,
erosionar la espera.
A lo lejos, una sirena quejumbrosa
se suma al concierto matutino
de esta urbe.
Un golpe de ciudad se aglomera,
busca a toda costa
vencer el cristal,
descifrar las rendijas.
Un torrente de luz rebasa la persiana.
Abro los ojos,
digo tu nombre
y danza un colibrí de jade y de flecha,
levanta vuelo un colibrí en mi pecho,
revolotea,
mensajero que susurra
un buen augurio:
amanece en sus alas
esdrújulo mi día.



UNA PALABRA

En la bañera,
 desnuda con las piernas
y las manos apretadas
 como resistiendo,
te lamen los recuerdos
 y el pasado roe
cada uno de tus huesos,
manosea
desvergonzadamente
tus buenas intenciones,
te atraviesa un asco
que te pudre la existencia,
que te enllaga.
Pides auxilio en un grito,
en un reproche,
en un histérico
morirte de la risa.
A mí,
en el umbral,
no me queda más
que ofrecerte
una palabra hiriente

para que des fin
a tu agonía
y en silencio
te desangres.



UNA SE CANSA

Una se cansa del gesto agrio,
de hacer línea para todo,
del quejido compulsivo y del alquiler,
de buscar semanalmente los encargos,
del amargo rictus en el rostro del carnicero
al momento de estrellar su filo contra la carne
/ muerta.

Una se cansa de la muchedumbre que ocupa los
/ asientos,

del nerviosismo de piernas cuando el tren
se atasca entre estaciones,
del “We apologize for the inconvenience”
y del “We thank you for your patience”.

¡Paciencia que no hay de otra!

No hay manera de salir huyendo,
no hay cómo hacerse de aquel "cuchillo verde".

Una se cansa de insistir en la inicial de su segundo
/ nombre,

de insistir en que una es más que un nombre,
de explicar cada semestre

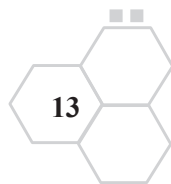
por qué “abolir” es un verbo defectivo,
del rechinar de dientes que provocan

tres infinitivos en hilera,

de la epopeya del ego en las redes sociales,



de las grandes corporaciones y los desastres
/ ecológicos,
de los ripios y los lugares tan comunes,
de la decimonónica manera de decir,
de las miradas, ni buenas ni malas,
simplemente miradas,
de pisarle los talones al salario,
del sindicato y las cartas al gobernador
para mendigar algo que por derecho corresponde,
de esperar ansiosamente “el retroactivo”,
del café mediano con leche de almendra y miel,
de la misa dominical y de darle la paz al prójimo,
del “cuántos capítulos te faltan”,
de los lujosos condominios a la orilla del East
/ River
(por mencionar un ejemplo más o menos asequible)
en los que nunca viviremos,
de la avenida Bedford con sus bares y cafés,
de los bares y cafés que comienzan a inundar
como sarpullido el Este de Williamsburg y su
/ Broadway.
Una se cansa de buscar un lugarcito en la redondez
/ de los días,
de la máscara sobre la máscara sobre la máscara.
Una se cansa,
se marchita,
muere.



9 DE SEPTIEMBRE

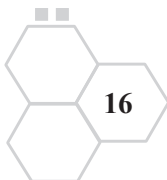
Recuerdo a abuela como un roble. Su palabra era férrea pero siempre ostentaba cierta dulzura en su voz. Decía no haber completado el tercer grado, razón que esgrimía para excusar la caligrafía poco ordenada y aun menos vistosa que, con cierta cautela, dejaba caer en las tarjetas de cumpleaños que me enviaba ocasionalmente. Fue hija natural de un señor Morales, quien antes de morir la contempló en la herencia, de la que nunca gozó, pues la despojaron de ella esposa e hijos legítimos. Nunca olvidó esa infamia. Hablaba con asombro de su abuela, mujer amorosa, una segunda madre, curtida por el tiempo y que nunca usó zapatos. Abuela tuvo un amor de juventud al que no perdonó nunca. Solía contarme su historia, la que involucraba un cine, un caballo y un rapto y, como prueba, dos hijos. “Yo era tan linda”, decía; “él, un cobarde”, aseguraba. En total dio a luz seis hijos, cuatro de ellos con abuelo, uno de ellos partió muy a destiempo. Su máquina de coser y su oficio de costurera habían ayudado a solventar gastos y educación para los cinco retoños que quedaron. Cuando joven le estalló una úlcera. Más adelante en la vida, la acompañaron cólicos que los nervios y enojos detonaban con frecuencia.

Detestaba a las beatas y los vestidos de manga larga en la geografía que habitaba. Abuela enviudó y el hogar que forjó con abuelo fue derrumbándose de a poco. Un día perdió la memoria en la misma casa colmada de recuerdos. Una noche fresca y lluviosa dio las buenas noches y nunca más despertó. Su presencia me acompaña y celebro, como cada año, su vida.

ONÍRICA V

(Cinco velas)

Abuela enciende cinco velas. Arden en el encimero de la cocina. Es Día de Muertos. Nuestros muertos y los que no lo son. Hay una angustia en mí que reconozco al detenerme en el umbral de una habitación que conserva afiches de obsesiones pasadas. Hay un olor a formalina. Sobre la cama en la que abuela cerrará los ojos para siempre, se tiende un cordel que llega al baño, el que le servirá de Lazarillo cuando haya olvidado que un día ardieron velas para los muertos que ahora la esperan.



A PESAR DE SU SONRISA

Guardo con recelo una fotografía,
en ella sonrío una mujer

hecha de cal,
hecha de arena.

Podría jurar que el hastío
repta en su brazo derecho
hasta alcanzar su mano.

Se aferra al brazo firme
del amante,

él mira con desconfianza
a la cámara como quien está a punto
de marcharse sin aviso.

Padre y madre coronan la escena,
ambos con un gesto entre dulce
y salobre,

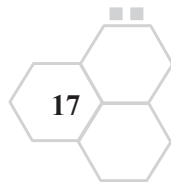
el resto es la consabida
estampa familiar.

La imagen se me antoja amarillenta,
en ella, la mujer se vierte

casi nocturna,
tal vez conspicua
o quizás desgarradura

(todo ello a pesar de su sonrisa).

Me empeño en asumirla pétalo,



por momentos espina,
a veces aguijón,
de repente *femme fatale*,
ancho mar, faro, o a lo mejor
una gran sequía.

Me empecino en su mano,
como dije antes,
afianzada al brazo firme
del amante

(ese que pronto ha de partir),
mano suave que esconde
un adiós ineludible.

La mujer se me figura jaula,
aprimado vendaval,
reclusa caricia.

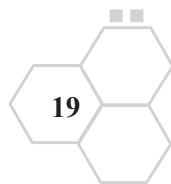
Es posible, también,
que ella sea alpiste
acechada por pájaros
voraces

en busca de sustento.

Por un instante la asumo
hondura y a la vez escafandra,
a lo sumo tramoya, bambalina,
máscara, puesta en escena.

Quizás sea tan solo
esa habitación con llave
que por nada de este mundo

debe abrirse,
o simplemente una mujer
como vértigo
como arrebató
como estocada, incluso.
Todo ello a pesar de su sonrisa.



NOCHE OBLONGA (Conversando con Dolly)

I

Qué tiempos aquellos, Dolly,
cuando nos acosaban y luego
nos acusaban de indolentes,
de ser indiferentes pasado
el fuego de las primeras citas.

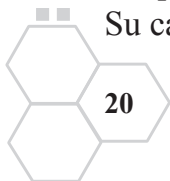
A mí ya no me aterra nada,
no me escandalizan unas piernas
largas en el segundo escalón del
graderío.

Me mantuve incólume ante
el coqueteo de la asustadiza
soledad de algunas jovencitas.

He de confesarte,
me rehusé siempre
a los juegos de poder,
al filo que llevamos
en los lapiceros.

Uno solo es mi pecado,
acompañado de su debido
arrepentimiento.

Su cara conspicua invitaba



a esperar con ansiedad
el próximo paso en la escalera.
Fue ahí cuando incliné la cabeza
y encontré el maná del cielo,
la invitación a morder su carne.

Y la comí.

Ella temblaba
mientras yo la excavaba,
ella me consumía
mientras yo la consumaba.
Después de masticarla y tragarla,
se dio vuelta.

Quien despertó empachada fue ella,
incluso así como si nada
o tal vez como si todo, no sé.
Se despidió como quien se quita
un sombrero después
de una larga travesía.

Le dio tres vueltas a mi edad,
que le daba dos a la de ella.
Me quedó debiendo
más de lo que se imagina
y menos de lo que yo calculo.
Le di más de lo que merecía
y menos de lo que tenía para darle.
Así fue, Dolly.
Qué días aquellos en los que

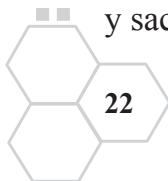
nos acosaban para luego acusarnos
de malinterpretar gestos
y tergiversar palabras.

II

Hoy, Dolly, a lo lejos,
después de tanta muerte,
ladra un perro escuálido
y Quijano susurra cualquier
cosa al oído de su escudero,
mientras ella baja
por el camino contrario
repitiéndose un verso
hasta que las palabras
se muerden la cola
y pierden el hilo.

Rechifla un piropo un hombrecillo
en camiseta blanca apostado
en sus cuatro esquinas.
Se aproxima el tren,
no se detiene y me alcanza de nuevo
ese verso gastado y desteñado.

Ella, Dolly,
acusa al ojo de vidrio
de malas miradas
y saca los dientes



cuando una palabra
intenta acariciarla.
El ayurveda,
al que le he encomendado
el cuerpo con el alma,
me dice angustiado
que al igual que a Alejandra
se le ha volado el tejado
y “las palabras no guarecen”.
Entonces,
a ella le da por hablar,
 por dar de gritos.
Armada por la izquierda
con una estrategia
llama a mi puerta
segura de que la abriré.
Sonríe contorsionada,
 se relame.
Por la derecha,
saca de la manga
una estratagema
y se lleva aquello
por lo que ha venido.
Corre,
ya no huye, persigue,
no queda más que
invitarla a un bocado

en esta noche oblonga,
no sin antes hacer
la señal de su cruz
en el nombre del padre
de los hijos
que un día parirá.

III

Con el alma en claroscuro,
Dolly, vuelvo,
con un agridulce en las palabras.
Fue un día feliz
a pesar de una tristeza
allá en el fondo.
Fue un día acerbo
de un no sé qué amargo.

La vi,
entre la caravana de sonrisas
satisfechas y ansiosas.
La vi cumplir un ciclo.
La vi crecer.
La vi comerse el mundo,
brillar más que los demás.
Escuché su nombre, Dolly,
y se detuvo todo excepto ella.

Aplaudí con fuerza,
con quebranto,
con nostalgia,
con la arrogancia
de saberla superior,
con la satisfacción
de haberme dado por entero,
con la soberbia del verso
que pone el dedo en la llaga.
La escuché por última vez
en el último minuto
con un último intento,
como quien pide auxilio,
como quien auxilia al que pide.
La vi cruzar la escena
tan segura de su paso
que se rindió mi voluntad
y cualquier somera fuerza
que aún me quedara.

La vi
y el nudo en mi garganta ahorcó
la palabra destinada a su oído.
Ella ungió con su mirada
mi manifiesta intranquilidad
que amenazaba con inundar
las proximidades, las mesas
curtidas de conversaciones

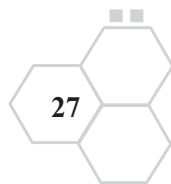
esporádicas y todo cuanto
ofrecían los recovecos aledaños.
Recordé lo remoto de mi sitio
frente a su boca.
Recordé su prudente despedida.
De lejos, Dolly,
con mucho orgullo
con la dicha del afortunado,
desde el lugar que me adjudicó
y que ahora me toca en su recorrido,
la vi extender sus alas y volar,
volar muy alto.

IV

Si vuelvo ahora, Dolly,
si hoy escribo es tan solo
para saldar mi deuda,
buscar la luz en este túnel
y darle fin a mi prolongada
noche oblonga, sin esquinas
donde agazaparme.

Es “justo y necesario”
darle alas al recuerdo
de una presencia tardía
en aquel sitio de paredes pálidas

y apáticas.
La recuerdo ajena
deletreándome su nombre.
La recuerdo en el sabor dulce
de una vocal acentuada
que se clavó en el instante
como una lanza.
La recuerdo lenguaje
de una estación somnolienta.
La recuerdo cadalso
diciendo mi carne temblorosa.
La recuerdo jaula y alpiste,
rotas alas.
La recuerdo incendiaria
reduciendo a cenizas mis naves.
La recuerdo jauría
devorando su desnudez
en mis pupilas.
La recuerdo una de cal
y otra de arena.
Había sobrevivido
a aquellos ojos pardos
en el ascensor de un edificio
casi centenario,
perdido entre los rascacielos,
a la falda corta del pupitre
en la primera fila,



a las múltiples insinuaciones
de un café.

Pero apareció ella,
una tarde de principios de marzo
tras haber devorado las fronteras.
Insisto, con una presencia tardía,
sin ningún tipo de estridencias,
con una mirada tímida que
se tragaba el salón entero,
con actitud inquisitiva.

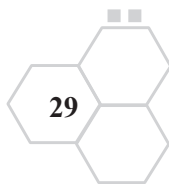
Ella, ahí estaba ella,
la que un buen día
transgrediría toda regla.
Y yo ahora estoy aquí,
buscando las cornisas,
escondida en mis paréntesis,
vuelta reticencia,
esculcando en la sintaxis
de su palabra escueta
con la esperanza de hallar
una respuesta a su lejanía.

Sí, Dolly, lo sé,
aquí el terreno es árido,
baldío, desolado.
Ella es tierra fértil,
fresca, fecunda.

Jamás estas palabras

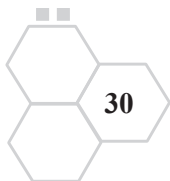
lograrán atravesarla.

Yo,
en pleno uso de mis facultades,
confieso a bocajarro
el mar, el aire, el árbol
en esta noche oblonga,
sin esquinas donde agazaparme.



CONTIENDA

Hay
quienes
como
bombas.



DESPEDIDA

Las puertas y ventanas
hoy se cierran
se caen los manteles
y descubren una mesa
que acomodó
navidades y años nuevos,
cumpleaños y mil cenas.
Hoy que partes
se quedan los recuerdos
de una vida interrumpida,
luces que brillaron
alumbrando tus paredes
y las mías- antes nuestras-.

DESAMPARO

Una niña mece su mano
en señal de despedida,
muerde el llanto
por la punta más aguda,
lo somete, lo desangra,
lo mastica;
se lo traga y repite
este acto para siempre
ante una madre
que sentada a la derecha
de un adiós reincidente,
le multiplica
los panes y los peces
que la preñan de nostalgias
la indigestan de tristezas.

HALLOWEEN

Veo gente pasar, caótica, babélica
sometiendo sombras a su paso,
un bullicio disfrazando las aceras,
un motín abortando las tristezas
tras la felicidad de una máscara.



INSOMNIO

Mujer que abriste puertas
muy segura te paseas
 por mi pecho,
coqueteas a sabiendas
a mi boca distraída
y hecha noche serpenteas,
te enroscas en mi insomnio
 le das vueltas,
le adviertes desde lejos.
Mujer de cada noche
 en cada exceso
amaneces palpitando
 madrugadas.

LO QUE QUIERO

Azul de montaña,
un silencio a su lado quiero.
Y ojos y boca y tacto y oídos.
Empacho de ciudad:
de sirenas luces niños
hombres y mujeres.
Hartazgo de ciudad.
Una madre y un perro
una nueva despedida
para por fin soltar el llanto
un cuerpo, el que enterró
su ombligo en tierra infértil,
es todo lo que quiero,
antes de cruzar el puente,
el interminable puente.

EN TU BOCA

Articulado en ti
el miedo cobra forma
manos, piernas,
ostenta un nombre.
Me propongo,
sin remordimientos,
a un pozo sediento condenarlo,
que yazca olvidado, exangüe;
venderlo a la primera
muchedumbre que pase,
hasta que por obra
de lo que ya está escrito
tropiece una vez más
con cada una de sus letras.

NEW YORK CITY

Aquí, en este lugar
que duele, asfixia, penetra,
que absorbe y fragmenta
la desdentada gana
de conquista.

Aquí, en este lugar
desde donde veo
desfilan la vida

que ya no me cabe:
cabizbaja, insegura,
miedosa me mira.

Aquí, desde este lugar
que me tragó entera,
que me eructa, me vomita.

Aquí en esta ciudad
preñada de temores,
paridora de alertas
y pocas esperanzas,
de concreto y hierro
dando gritos
irremediabilmente.

CIUDAD DE NUEVA YORK

Segunda Parte

De vuelta a tus entrañas
a tu vientre que me recibe,
estoica me abro paso
entre la multitud.

Llego a ti y me tiras
un bocado de esperanza
que me mantiene viva,
me da un poco de calma.

Con la palabra avergonzada
 retorno a tu boca
que se abre y me repite
 una promesa.

Ciudad que me urge
 a contarle todo
a observarlo todo:

 una noticia pregonada
 en su momento bajo
la banca de una estación cualquiera,
 una mujer mayor
vestida de blanco que predica
el apocalipsis con la histeria
de aquel al que abandonan.

Ciudad sirena,

canto sin cesar,
me obliga a detenerme,
me amarro a los recuerdos;
muero cada noche en tu noche,
pero no es mi tiempo
y me devuelvo a la voz
de tu latido caótico,
ciudad banquete
poblada de Tántalos,
piedra sobre la que a diario
edifico mi infierno,
a cuestras te llevo,
te empujo a la cima,
ciudad completa
que se me precipita.

¿QUÉ SERÁ DE NOSOTROS?

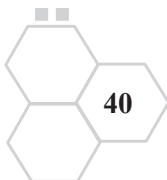
Y el día que no podamos más
cuando los pájaros nos ataquen de frente
y seamos finalmente alpiste.

Ese día de cielos grises
cuando no podamos mirarnos a los ojos

Cuando nos reconozcamos
en el abandono de nuestro día a día.

Cuando sin habernos perdido
no encontremos el camino a casa.

¿Qué habrá sido de nosotros
los que buscamos el río
y la única alegría de la infancia
el día que no podamos más?



LA DEL EDÉN EN EL PECHO

Una cucaracha me observa
desde la esquina superior izquierda
del marco de una memoria moribunda
sé que me observa para desatar mis miedos
sé que me observa desde las cuatro vigas
de madera sobre las que se sostiene mi primer
/ exilio.

Sé que me observa desde los brazos
de una madre que vela mis noches
de una madre que ha abandonado el tálamo nupcial,
de una madre, la mía, la del Edén en el pecho.

DIEZ DE MAYO

A Roque Dalton

A propósito de tu aniversario
que no es fiesta de guardar
he vuelto a escucharte,
me recuerdas
 lo mesiánico de tu perfil,
inmolado cordero,
 un cordero de adiós
que sustenta
 el hambre de un pueblo
que aún no sabe lo que ha hecho.
Atacada por la espalda,
 cuelga tu inocencia
 en la encrucijada,
en una villa
 de lobos hambrientos
te gruñó el fusil,
 te mordió la bala,
y yace tu cuerpo prudente
 buscando la tierra,
 la que tanto amaste,
la que aún estremeces
 con tu palabra.

JUEGOS DE NIÑA

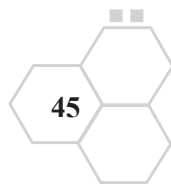
*Las estatuas de marfil,
de una de dos y de tres...*
(Canción infantil)

Puerta giratoria
 que repite risas,
eco de algún
 carrusel,
de una rueda
 de manos pequeñas
que augura los temores
 de una descendencia,
de vicios heredados
 en melodioso círculo
girando contra el reloj
 hasta petrificarse.

EN LA BATALLA

Alguien tiene que morir, dijo aquel amigo, frotándose las manos, como dispuesto a devorar un platillo succulento. Alguien tiene que morir, repitió, y no serás tú, insistió con voz solemne y tono grave. Morirá su sonrisa decadente, su abrupta carcajada que violenta mil quebrantos, sus ojos saltones que se jactan de anticipar el camino, la dejadez de sus palabras que solo se pronuncian para coartar la libertad de quien ha bebido su saliva en tiempos más felices, su mirada de buitres que devora el valor del que se arma quien desde entonces lo hizo sentir todopoderoso, su lengua ampulosa y salada que lame las heridas del que aún no se perdona, su dedo acusador que señala y amedrenta al que teme verse aplastado por su juicio, su mundo hambriento de pasos sospechosos. Eso creímos tú y yo, amigo, que nos apresuramos a enterrar cada una de sus letras, los puntos de sus íes, mas no contábamos con que volvería a su infierno al tercer día, que armado con el filo de todas las memorias abriría heridas, las viejas y otras nuevas, que mantendría sitiada la ciudad que construyó en las entrañas de quien le rendiría puertas, entradas y salidas, que vigilaría a punta de gesto absoluto la senda de aquel que todavía no acaba de resolverse.

Alguien tiene que morir, le dije a aquel amigo, tomándole la mano, como dispuesta a entregar mi último suspiro.



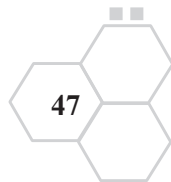
ONÍRICA X

(Un asidero)

Papá ha encontrado un asidero. Hay un entusiasmo inusual en sus manos enjutas, en su voz temblorosa, en el abandono que implica un cuarto diminuto en el ala central del pabellón macilento que despide un olor espeso a orines. Mis pasos rechinan en el pasillo y se detienen para contemplar a mi izquierda un patio del que destacan unas enormes begonias, una veranera espléndida y tres canastas con cola de zorro. Papá me espera en su silla de ruedas al otro extremo del patio. Sonríe. En su sonrisa se pasea un nombre. Es monja, me dice. Es de Guatemala, explica. Habla de la hora del desayuno, de la avena y del café que la monjita le prepara, de la charla con la que cada mañana la recibe. Vuelve a sonreír. De su boca, brota un maquilishuat.

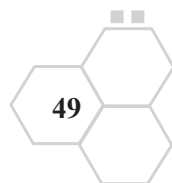
LA ESPOSA DEL BANQUERO

La esposa del banquero
se ejercita cuatro veces
 por semana,
va de compras, come
estrictamente orgánico,
en temporada va a la ópera,
 al ballet, al teatro.
Sonríe siempre,
 se desliza
por las calles de New York,
mira todo el tiempo
 a su alrededor
como si la persiguieran.
Habla de su madre,
 tema espinoso,
de su amigo el empresario
que entiende que una puta
es el antídoto de su cotidiano
y trágico abandono,
de Munich, Barcelona,
de aquel restaurante
etíope en el que se untó
 las manos,
de París y la Sorbona,



de la foto de su amante,
figura desteñida, tomada
 en la distancia,
de lo “kitsch” que le resultan
las costumbres de su amiga.
Pero nunca de las calles
 de su patria,
ni de los explotados,
ni del oro y la plata
que ostentaron monumentales
 catedrales
suficientes para alimentar
 a un pueblo,
ni de los 300 kilómetros
de ruta que podría atravesar
el corazón indígena,
ni de las marchas
 en Wall Street,
ni de las macanas que desangran
 mil cabezas,
 ni del genocidio,
ni de las ocupaciones militares,
ni de la ortodoxia que reparten
 los de arriba.
A la mujer se le cae la sonrisa
 cada noche,
no entiende más que de ella misma,

de su debacle cuando mira en la cama
el cuerpo del banquero a su derecha.



Una colmena es una colonia donde residen las abejas para trabajar en conjunto por un objetivo que siempre conlleva un beneficio para su entorno. **CÖLMENART** hace referencia a este conjunto de Colmenas organizadas alrededor del arte por cada país Centroamericano, que se reúnen en un solo sitio web con el propósito de que todas las personas puedan acceder a **breves selecciones de poesía** autorizadas por el autor o autora, en plaquette o libros de poesía digitales con descarga gratuita e incluso, impresos como libro de bolsillo de modo que tanto personal académico como estudiantes u otros, puedan sin mayor costo, mediante la breve lectura, tener un acercamiento inicial hacia la obra de los distintos autores, permitiendo promover trabajos y a la vez, motivar interés hacia la búsqueda de sus obras completas.



CÖLMENART

#centroamericaexiste